

Claves

Notas del Escenario Político
27 de Septiembre, 2010

Visita de Benedicto XVI al Reino Unido

La semana pasada el Papa Benedicto XVI realizó la primera visita de Estado al Reino Unido. El Papa Juan Pablo II había visitado Inglaterra en 1982, pero en esa ocasión se trató de una invitación de la comunidad católica británica, no de una visita de Estado.

El evento estuvo precedido de varias polémicas. Inglaterra es una sociedad secular y liberal. Esto se refleja no sólo en la tendencia reformista de la Iglesia Anglicana, sino también de importantes grupos liberales católicos que han expresado claramente su disidencia a la línea conservadora actual del Vaticano. Además, la opinión pública británica -y mundial- está aún muy condicionada e impactada por los escándalos de abusos sexuales a menores y existe un juicio negativo sobre la reacción del Vaticano al respecto.

Ya en el vuelo de Roma a Londres el Papa abordó la crítica de los abusos sexuales a menores, asumiendo la responsabilidad de toda la Iglesia Católica en estos casos y el retraso de su investigación y sanción, intentando despejar el punto. El tema siguió siendo relevante, pero con efectos más acotados.

Ello permitió concentrar la atención de Benedicto XVI en otros grandes temas, en especial los vinculados a la relación de todos los cristianos y otras religiones y a los fundamentos éticos para la acción pública y sobre el rol de la religión en política.

Primero, Benedicto XVI volvió a plantear la cuestión de la relación entre religión y política.

La Reina Isabel II señaló en su discurso de bienvenida que a juicio del Reino Unido se trata de una visita de Estado por el rol que El Vaticano tuvo en la crisis de Irlanda del Norte, en la caída de los regímenes comunistas de Europa Central y del Este y en las contribuciones de la Iglesia Católica en temas de la agenda mundial, como la pobreza y el cambio climático.

Recogiendo este juicio, el Papa se enfrentó directamente a la opinión de que la religión debe relegarse al ámbito privado y no puede involucrarse en el espacio público. Al respecto desarrolló varios argumentos:

- Señaló que existe una responsabilidad común -de la política y la religión- ante el futuro de Europa y la Humanidad. Habló también de un "interés común", que es "garantizar la justicia", es decir, la religión "entra en relación con la política en el punto de la justicia". De este espacio común nacen otras preocupaciones convergentes: la lucha contra "los males de este tiempo", la miseria, la pobreza, la enfermedades, etc; luego, el compromiso con la paz; y, por último, el diálogo entre las religiones;

- En el "*Discurso en la Westminster Hall*" planteó una cuestión más de fondo aún. Invitó a reflexionar sobre "el lugar apropiado de las creencias religiosas en el proceso político". Planteó que en la tradición parlamentaria británica se ha desarrollado un "instinto nacional" de moderación para alcanzar un equilibrio entre las legítimas reivindicaciones del gobierno y los derechos de quienes están sujetos a él. El Papa intenta acoplar el debate sobre la función del Gobierno con la discusión clásica anglosajona de la cesión de derechos individuales en el poder del Estado, y lo hace poniendo acento en la tradición liberal que emerge de este debate. Dicho esto, el Papa señaló algunas preguntas clave: "¿qué exigencias pueden imponer los gobiernos a los ciudadanos de manera razonable? Y ¿qué alcance pueden tener?", y por último, "¿en nombre de qué autoridad pueden resolverse los dilemas morales? Benedicto XVI responde que no puede dar esa autoridad el mero consenso social, porque la respuesta sería muy frágil. Este cuestionamiento es una crítica severa a la manera como el mundo anglosajón enfrenta el orden normativo, donde la costumbre es una fuente principal. Señala el Papa que hoy tenemos la experiencia suficiente de que el orden económico requiere un fundamento moral más estable y lo mismo puede decirse del orden político;
- Luego, el Papa dijo que "las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón". Por ello podemos prescindir de la fe para acceder a ellas; en consecuencia, la religión no proporciona estas normas, porque es necesario que los no creyentes las conozcan y las legitimen. Pero esto no significa que la religión no tiene un papel, que es "iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos". Ahora bien, este rol "corrector" de la religión muchas veces no es bienvenido, sobre todo cuando toma la forma de sectarismo y fundamentalismo, que según el Papa surgen cuando la fe no considera suficientemente el rol de la razón.

Benedicto XVI plantea varias cuestiones críticas en estas reflexiones: define un rol orientador y moral en un mundo condicionado por lo relativo y por un desorden que se manifiesta peligroso (hace referencia, en este sentido, a la última crisis financiera mundial). También en la "*Homilía de Bellahouston Park*", en Glasgow, Escocia, planteó esta idea de la necesidad de "voces claras" que ofrezcan guía y protección ante la debilidad y fragilidad en la que se encuentra la existencia humana. Luego, en el "*Discurso en la Westminster Hall*", vincula esta función de la religión a un rol orientador en y desde la razón, lo que es un punto muy sensible en el debate histórico entre catolicismo y la tradición protestante y sus derivaciones.

Debe considerarse, que una cuestión fundamental del cisma protestante fue precisamente la defensa del papel de la razón para iluminar la fe, que mantuvo la Iglesia Católica, desde la visión de Santo Tomás.

Segundo, Benedicto XVI reinstala la agenda de la relación ecuménica en general y con la Iglesia Anglicana en particular.

La cuestión ecuménica fue planteada con fuerza desde el Concilio Vaticano II y desde entonces se ha desplegado una extensa agenda y discusión sobre la naturaleza y profundidad que debe tener un proceso ecuménico. Hasta la llegada de Juan Pablo II, se observaban dos grandes tendencias en esta materia: una, liderada por los jesuitas, que abogaba por un proceso ecuménico orientado a la unidad de las iglesias cristianas, con un criterio general de apertura y síntesis de las visiones de las distintas iglesias. Este proceso debería haber terminado en un nuevo Concilio que, además, redefiniera la estructura formal de la Iglesia hacia una organización más democrática. La otra visión era del sector más conservador, que ve el proceso ecuménico como necesario, pero sobre la base del predominio de la Iglesia Católica. Finalmente, esta tesis se impuso. De hecho, Ratzinger fue el principal impulsor e ideólogo de esta tesis.

Hoy, convertido el Cardenal Ratzinger en el Papa Benedicto XVI, ha iniciado un nuevo proceso de discusión ecuménica, en la que sin abandonar su posición, ha mostrado una voluntad de cambio que es importante apreciar:

- Uno de los eventos más importantes de la visita papal fue la ceremonia de beatificación del Cardenal John Henry Newman, un anglicano que se convirtió al catolicismo en el siglo XIX. Esto marca nuevamente la intención de la Iglesia Católica: el ingreso formal de los anglicanos. En el encuentro con los obispos de Inglaterra y Gales les señaló que uno de los objetivos de la Iglesia local es la aplicación de la Constitución Apostólica *Anglicanorum Coetibus*, donde se establecen mecanismos para el ingreso formal de los anglicanos a la Iglesia Católica, con un sistema flexible, que les permite mantener estructuras anglicanas, pero dentro de la Iglesia Católica;
- Esta acción de la Iglesia Católica está dirigida al segmento anglicano conservador, más cercano al catolicismo y, por ello, no fue bien recibido por toda la Iglesia Anglicana, en particular por su núcleo liberal que es el predominante. Y expresa un énfasis adicional: en su *"Discurso ante los líderes cristianos británicos"* señaló que todo este esfuerzo lo hace desde su fidelidad "a mi ministerio de Obispo de Roma y Sucesor de San Pedro, encargado de cuidar especialmente de la unidad del rebaño de Cristo". Es decir, ninguna conversación disolverá la primacía básica de su posición y la de la Iglesia Católica;
- Por último, el Papa reinstaló también la agenda del diálogo interreligioso. En su *"Discurso a los líderes de otras religiones"* dirigido a líderes de las comunidades judía, musulmana, hindú y sikh planteó una preocupación común a todos: que en este momento del mundo, las convicciones religiosas no son siempre bien entendidas ni apreciadas. Y luego, fijó un propósito común: todas las religiones quieren dar respuesta a una interrogante más importante, esto es, "el sentido último de nuestra existencia humana", "la búsqueda de la cosa necesaria". La respuesta a estas preguntas existenciales no las puede dar la ciencia ni la política. Se trata de inquietudes que siempre están en el hombre, porque son de "su naturaleza". En el caso católico, se trataría del compromiso con un bien común: "amor a Dios y amor al prójimo"; desde ahí, nacen las preocupaciones por el orden moral y el bien en el mundo, la defensa de la vida. El Papa llamó a los representantes de los otros credos a buscar y reconocer estos espacios y propósitos comunes para instalar una agenda convergente.